



Las Nuevas Sombras de la Caverna

La triple veladura de la verdad¹

The New Shadows of the Cave

The triple concealment of the truth

Julio Broca¹

Extracto/Abstract

El presente artículo profundiza en el *sentido* y no en el *grado* del progreso tecnológico. Mostraremos que una profundización en el sentido y no en el grado nos devela aristas del progreso tecnológico contemporáneo que apuntan a un *sin-sentido*. Es decir, mientras más podemos elevarnos en la *gradación* tecnológica, hay una *de-gradación* en su sentido. Basándonos en *el mito de la caverna* de Platón, el método de la presente reflexión alude a la *de-gradación* del sentido del conocimiento: saber más de las sombras ignorando que son sombras, termina por aniquilar el sentido mismo del conocimiento. Por lo tanto, exploramos desde una *hermenéutica de las sombras* el *sentido* de la tecnología como una sombra más que como una verdad.

This article delves into the sense and not the degree of technological progress. We will show that a deepening of the meaning and not the degree reveals edges of technological progress that lead to non-sense. That is, the higher the technological grade the less the sense: it means, there is a de-grade of the sense. Based on Plato's myth of the cave, the method of the present reflection alludes to the degradation of the sense of the knowledge: knowing more about the shadows, ignoring that they are shadows, ends up annihilating the very sense of knowledge. Therefore, we explore from a hermeneutic of shadows the meaning of technology as a shadow rather than as a truth.

¹ Recibido: 15-01-2021 | Aceptado: 30-03-2021



Palabras clave: hermenéutica, tecnología, sentido, progreso, ética, fenomenología, contemporáneo, mito de la caverna./ Hermeneutics, technology, meaning, progress, ethics, phenomenology, contemporary, myth of the cave.

Introducción

El Mito de la Caverna habla de hombres nacidos en ella y, desde el mismo nacimiento, atados y solo capaces de mirar las sombras proyectadas al fondo; no sabían ni tenían conciencia que veían sombras ni que estaban en una caverna. Probablemente las palabras anteriores no existiesen en su vocabulario. De la ignorancia de otra forma de existencia había surgido en los habitantes de la caverna la costumbre de creer que así era el mundo y, las sombras frente a sus ojos, principio y fin de toda realidad. Utilizando una categoría de Husserl (1996), podríamos decir que las sombras en la pared eran su *Lebenswelt*. Algo se puede decir en este sentido de nuestra tecnología contemporánea frente la cual nacemos atados y nos parece en muchos aspectos, principio y fin de toda realidad.

Diferentes autores han planteado derroteros diversos para el *sentido* del desarrollo tecnológico: *i.e.* según el materialismo histórico de Marx (1999) (1979), la tecnología debería alcanzar un grado de desarrollo que permitiera al ser humano desembarazarse del trabajo y entregarle al ocio, es decir, a su realización como ser liberado del *trabajo abstracto*, base y fundamento del sistema de producción capitalista. Desde la antropología filosófica de Max Scheler (1957) (1960), quedó claro un movimiento de dominación y cosificación inherente en la epistemología científica sobre sus objetos que afecta a la tecnología. Desde esta perspectiva, nace una mirada crítica contra la fetichización del método científico en tanto tecnología de pensamiento. Eric Voegelin (1987) llevará esto a sus últimas consecuencias analizando cómo la *ciencia sin valores* produce *sin-sentidos* éticos, que podemos plantear con toda claridad, afectan a la tecnología. Para autores tan disímiles como Martin Heidegger (1958) o Herbert Marcuse (1986), la tecnología estaría prometiendo liberación, empero, siendo potencialmente la mayor amenaza de la



libertad. Quizá sea el concepto de *mega-herramienta* acuñado por Iván Ilich (2006) el que mejor describe el sinsentido de la herramienta que termina por amenazar a sus creadores y convertirlos en accesorios, la *megamáquina* (2006:366). La pérdida de todo sentido de proporción, si se permite la metáfora, nos llevó a crear un clavo tan grande que nos hemos visto en la necesidad de un martillo que hoy amenaza con caernos encima y hacernos desaparecer. Mientras cae, nos protegemos del sol bajo su sombra.

No podemos dejar de notar que el único pensador que ha dado un carácter emancipatorio al *detenerse* de continuar con este *sinsentido*, ha sido Walter Benjamin (2003) (2005) (2007). Por su parte, Jean Baudrillard (1991) a inicios de la última década del siglo XX, había notado que detrás de las apariencias contemporáneas, se esconde no la verdad, sino un gran *simulacro*. Desde su perspectiva, correr el velo de la apariencia ya no basta para acceder a la verdad, aun tras la apariencia se esconde el simulacro. Podemos decir que esto demanda al pensamiento no ya un movimiento dialéctico sino un *triple movimiento* complejo de develamiento de la verdad frente a *la falsedad de la falsedad de la falsedad*ⁱⁱ, o dicho de otro modo, que un la verdad develada, puede ser una sombra en el fondo de la caverna.

Sombra 1

Hiper-plusvalor: consumo y rapidez paralizante

¿En verdad somos tan rápidos, no será la noción de “rapidez” un sucedáneo para hablar simple y llanamente de hiper-explotación e hiper-plusvalor? Tomemos el ejemplo del costo de la telefonía celular y el paradigmático “tiempo aire”. Es probable que el costo real de tener señal y datos por persona sea apenas de centavos mientras pagamos cientos de pesos. El radio logró plantear eso con franqueza: nadie paga por un “plan” de hondas hertzianas radiofónicas. Entonces ¿por qué sobre-pagamos por Internet, la conectividad y compramos aire convertido en tiempo? Simplemente porque estamos conformes con le mito de que eso así debe ser, nadie nos preguntó, nacimos en ese régimen de cosas.



La digitalización de las señales análogas no implicó más calidad, sino una reestructuración del lucro sobre un nuevo medio de transmisión de datos y sumó *plusvalor al plusvalor*. Estamos atrapados en el mito de pagar por el tiempo en el aire. No dudamos de lo lógico de destinar un porcentaje importante de nuestro dinero en conectividad, mientras para las clases pudientes el costo se reduce: si pones 20 pesos te duran una semana, si pones 500 te regalan quinientos y te duran muchas semanas. —. *Es decir, no es el costo real de la conectividad lo que nos aplasta, sino el mito que nos hace convencernos de que no puede ser barata o gratuita, no es el trabajo alrededor de la conectividad lo que crea valor sino el hecho mismo de que trabajamos para pagar el derecho a usar algo que podría ser varias veces gratuito.*

Cuando nos damos cuenta de esto, emerge el hecho que mientras el progreso tecnológico se dispara, la dimensión axiológica se contrae bajo el velo de cobros onerosos por cosa que se producen prácticamente por nada acorde a la capacidad actual de producción de tecnología. Esta ausencia de ética en el cobro de la tecnología, termina por afectar la vida cotidiana: se aceptará una prostitución consensuada con el *sugar dady* por un teléfono de última generación y un plan de datos ilimitados.

Dónde radica la poca ética de las compañías telefónicas y en qué momento acontece el hiper-plusvalor, veamos: si se sobrevive con el salario mínimo y es imposible tener un plan de celular de paga mensual, la opción inmediata será ahorrar, poner veinte pesos de saldo y usarlos lo menos posible y extender el valor de esos veinte pesos en el tiempo. Pues esto es inmediatamente prohibido por la compañía telefónica que envía un mensaje de aviso: «sus veinte pesos tienen una vigencia de una semana». El trabajador debe gastar veinte pesos por semana quiera o no, tiene prohibido ahorrar por política empresarial. El sistema de adquisición del servicio lo impone. Si sumamos que está pendiente de sus tres hijos... A esto habría que sumarle el gasto fijo del internet en la casa, al que por lo general se le suma el plan de televisión. Y por supuesto, más o menos velocidad implica un costo



extra. Los transmisores de internet, es probable que sean pagados por nosotros mismos varios miles de veces en su costo de producción real. Hace mucho que la infraestructura de telefonía celular fue apagada por los mexicanos y su privatización produjo al hombre más rico del mundo. La normalización del *plusvalor del plusvalor* permite dejar fuera el debate de cuántas veces hemos pagado esa infraestructura y si no seríamos ya varias veces dueños de la misma.

El proceso de *compresión* del tiempo comprime la explotación, generando más de ella en menos tiempo. Paradójicamente, en la era del *sapiens sentado*, la máxima explotación se corresponde con la máxima inmovilidad, por mucho que nos queramos engañar pensando que el día dura menos porque hacemos más cosas con mayor rapidez. De hecho la ilusión de rapidez podrá ser vista como un truco de la propia mente para consolarse en el corazón mismo de la existencia maquínica efectivamente y afectivamente inmóvil.

El hiper-plusvalor en el consumo, el plusvalor en la en la producción

Podemos decir que estamos hablando de un fenómeno sin precedentes en la economía y la sociedad: *el plusvalor se ha transferido al consumo, duplicándose de su aparición primera en la producción*. Todos trabajamos gratis para Facebook que cotiza en la bolsa de valores con nuestra vida privada. Facebook es gratis porque yo soy el negocio.

Sombra 2:

Tecno-oscurantismo

Si «la esencia del ser es dispersión de la opacidad» (Levinas 2011, 77) y si, como hemos visto, la tecnología en su carácter de compresora del tiempo, ha alcanzado un punto gradualmente más compresor hasta valorizar el consumo “gratis”, entonces hemos de concluir que la opacidad de la que habla Levinas, también se comprime. ¿Se condensa? Sí, y se vuelve algo material, se vuelve tecnología. Vivimos la era del tecno-oscurantismo concreto. La oscuridad de la verdad se cierra



y solidifica, la mentira es la realidad y se vuelve objetos, arquitectura, contenidos, etcétera. Si la modernidad ha sido “líquida”, la posmodernidad ciber-punk es monolítica y faraónica. Con forme la industria cultural se expande a los más pequeños rincones del consumo, convirtiendo el capitalismo no en un sistema económico sino también en *cultural total del entretenimiento* se hará necesario, para que aun sea posible la crítica, una *paleontología cultural*. La búsqueda del origen de la mentira repetida *ad nauseam* nos demandará cincel y martillo, es decir, acción directa. En el tecno-oscurantismo no es ya la vida la que da sentido a la herramienta sino la herramienta la que dicta el sentido de la vida.

Sombra 4:

Hiper-velocidad tecnológica como parálisis evolutiva

En términos materiales, la epidemia de obesidad contradice toda noción de un cuerpo que se mueve. ¿Cómo es que vivimos velozmente en la obesidad desnutrida? Terminamos el día exhaustos, estresados, agotados de una *hiper-actividad sin cuerpo*. ¿Y si el problema no es la velocidad sino su gestión como privilegio? ¿si se paraliza a unos y se dinamiza a otros? Es probable que nunca hayan existido animales tan enormes para el consumo humano como los ejemplares bovinos que alcanzan tallas y pesos históricamente descomunales... sin haberse movido.

¿Pagamos por la velocidad o por las compuertas la gestionan? Las compuertas del torrente digital inundan de contenido unas regiones y desertifican otras. El Canal de Panamá se ha vuelto el paradigma a niveles electrónicos tal como el *antivirus en Windows* se ha vuelto el paradigma de la vida a través de las nuevas *biomercancias*ⁱⁱⁱ.

La velocidad encubre la explotación. La mayoría de los críticos ingenuos se quejan de la velocidad pero no de la explotación. La velocidad intensifica la desigualdad, nos impide movernos por una suerte de efecto centrípeto que nos paraliza nuestra acción. Quejarse de la velocidad sin quejarse de la explotación es la sombra de creer que todo es más rápido cuando en realidad, el mundo se ha vuelto lento pero



nosotros lo experimentamos como vértigo y náusea. Amarrados frente la pared de una caverna, *que ahora es un gran monitor*, debatimos sobre la velocidad sin saber que la mayor o menor rapidez es producto ilusorio de una gestión que se desarrolla a nuestras espaldas. Gestión tecnológica, cultural y económica bajo método científico, o como lo ha llamado recientemente Byung-Chul Han (2016:60) bajo la *violencia de la positividad*.

Sombra 3:

Citius, altius, fortius

Citius, altius, fortius (más rápido, más alto y más fuerte) fue el lema acuñado en 1972 junto con la forma contemporánea de los Juegos Olímpicos por los publicistas. Casi veinte años antes, las *blitzkrieg* (guerras relámpago) con que la Alemana Nazi sorprendió en la Segunda Guerra Mundial (IIWW) inauguraron una nueva forma de guerra con soldados estimulados por enervantes, ellos que no dormían, no descansaban, ni comían. Las viejas técnicas de guerra se vieron obsoletas de la noche a la mañana con un nuevo ritmo corporal. Ritmo que pervive hoy en las oficinas y las fábricas junto con la *fast food*, el microondas y una epidemia de diabetes. Con la IIWW nacía también la industria farmacéutica que ha degenerado hoy hasta plantearse como industria de biomerchandises. La ciencia se dedicó con el fármaco a hacer el cuerpo del soldado más rápido, más alto y más fuerte realizando así la más loca utopía cartesiana del cuerpo-máquina.

Surge el analgésico como nueva industria del adormecimiento, cobertura del dolor junto con la industria cultural para adormecer la mente. En este sentido, Walter Benjamín señaló que tal vez, las revoluciones fuesen el golpe de frenos de la humanidad contra la marcha desbocada de la locomotora del progreso, es decir contra el *citius, altius, fortius* sin-sentido. Observamos el periplo del *cuerpo-máquina-de-guerra* del soldado al *cuerpo-máquina-de-consumo* del eterno



adolorido que... no se mueve. Surge pues la *sociedad del estímulo* de la que hablaremos más adelante.

Sombra 4: La sociedad del estímulo Genealogía

“Un mecenas, mi talento por un mecenas”, “un estímulo, mi investigación por un estímulo”, “azúcar, mi vitalidad por azúcar”: periplo desde el clamor de los genios renacentistas hasta el contemporáneo clamor de cualquiera de nosotros. Aquellos artistas del siglo xv no pudieron resistir hipotecarse mientras permitieron que sus derechos básicos a un salario justo y digno desaparecieran en la placidez sombría de la inacción política y el gran prestigio. Esta actitud pervive y ha alcanzado a la ciencia. Hoy los investigadores venden al mejor postor los derechos de sus investigaciones para que las publique quien sea. Investigaciones logradas con el dinero público. Los científicos están más dispuestos a vivir una dictadura que mantenga privilegios miguelangelescos, que una democracia que los devuelva a su cruda realidad: el estímulo oculta una derrota político-laboral que debió culminar en un salario digno. El temor a jubilarse es el temor al regreso a esa cruda realidad. Y es que después de 1968 las vanguardias intelectuales se quedaron sin masas, consolidando su lujosa soledad en los estímulos del periodo neoliberal. Aceptaron estas vanguardias políticas y culturales formar parte de un sistema de simulación de libertad, simulacro de pensamiento en un proceso de franca elitización de la educación de alto nivel, que, por encerrada en sí misma, terminó por sumar cero al cambio social aunque sí, toneladas de hojas que nadie lee. Y en los casos que logró algo, ese algo nació patentado, con el *sinsentido* que implica patentar conocimiento surgido de los impuestos de la sociedad en las universidades públicas, al menos. La razón hipotecada, desde Descartes y escarmentando en Giordano Bruno, ofrece poca resistencia a su lujosa prostitución contemporánea. Tendríamos que cuestionar el lado espectacular del Renacimiento italiano que produjo genios-



esclavos, creadores-cautivos, bajo auspicio de los Médicis. En este sentido el arte precede a la industria: la producción de tesoros artísticos precede la producción de tesoros técnicos, y la aparición del autor, precede la aparición del científico. Da Vinci y Miguel Ángel tienen un papel fundamental para sus mecenas: acrecentar sus tesoros, y los mecenas les pagan con algo de libertad y el privilegio de ser publicados.

Se desvincula con regularidad la razón de la cotidianidad para producir especialistas de sombras en la caverna, y ¡hasta se inventan nuevas! cuyos resultados son recogidos mientras duermen por aquellos que les patrocinan porque el salario base no es suficiente. Por eso, y a despecho de la ciencia, sigue siendo la religión una forma de comprensión y estar en el mundo con más demanda: la iglesia mantiene un contacto con sus bases. Pero los científicos del siglo XXI se han quedado sin bases y las han sustituido los fundamentos por estímulos y premios: se han vuelto formalistas funcionales a normas protocolares que cambian para no cambiar nada. Llegamos a la paradoja irónica de una ciencia sin fundamentos y sin bases. Si algo ha esclavizado la razón es la espectacularidad del mecenazgo y la democratización de la inmortalidad.

María Skłodowska-Curie

Quizá la figura más emblemática e incontestable para acusar la hipoteca de la razón sea precisamente alguien que se resistió a esa hipoteca a través de un pensamiento ético y radical de modestia y desinterés paradigmático: María Skłodowska-Curie. Y es que a raíz de la acción de Marie de liberar su conocimiento para uso libre, las empresas se dieron a la tarea de que esto no sucediera de nuevo: ningún conocimiento si patente, ninguna patente sin comprador. Cuando Marie recibió de parte una asociación Norteamérica una carta para que compartiera sus hallazgos científicos junto con la posibilidad de patente y riquezas inimaginables, no sabían que se dirigían a un genio sencillo. La razón principal que argumentaron para conocer los procesos de Marie Curie eran la posibilidad de utilizar médicamente el



hallazgo para combatir el cáncer. Desde su vida, de por sí modesta, Marie Curie respondió que no le parecía apropiado hacer negocio con un conocimiento que era útil para la humanidad. Teniendo en las manos el sueño de la hipoteca pagada, renunció al privilegio renunciando a la patente y haciendo cada detalle del hallazgo suyo de dominio público. Ella sabía que ni el arte ni la ciencia valen para el bien común cuando son propiedad privada porque se convierten en entes inaccesibles, o nuevas formas de explotación.

Sombra 5: Hiperactividad

El tiempo comprimido que se entrega a la inmovilidad tiene un gran enemigo: la niñez. La nueva industria farmacéutica para medicar a niños “hiperactivos” muestra una relación dominatriz entre una población adulta inmóvil y una infancia cuya movilidad es problemática y se diagnostica patológica con facilidad.

El tiempo no transcurre más, pero los niños quieren vivir, es decir, moverse. La conclusión brillante de la *sociedad del anestésico* del sedante es inapelable: los niños son hiperactivos. Y es en cierto grado verdad: el adulto es adulto porque ha aprendido a moverse sin chocar entre las paredes del laberinto y el niño amenaza romperlas, atravesarlas, desconfigurarlas con su andar caótico e impredecible. El problema es su vitalidad mental y corpórea, porque la verdadera Gran Guerra Económica es contra la vida. Es necesario atrapar la percepción de los niños en el esquematismo de sombras de la caverna con formato infantil, en el *iPad* o la consola de videojuegos: el *soma* entra por los ojos cuando los fármacos no son suficientes. La industria del entretenimiento alterna dulces y caramelos con lascivia de erotización temprana que prepara la mente naciente para la estupidósfera y contagio psíquico como cultura total. Es probable que la primer víctima mortal de este modo de existencia haya sido Heather O'Rourke, profeta del paro cardíaco y la obstrucción digestiva por estrés laboral: debut a los 3 años, famosa a los 6 y muerta a los 12.



Sombra 6:

La sombra del código

El monitor, la pantalla presentan la interface, sombra del código de programación que al hacerse accesible a la mirada, presenta símbolos para los sentidos que ahora tienen una vida virtual. Hemos agregado un cerebro y una conciencia al cerebro y la conciencia, *hemos triplicado la pantalla bergsoniana*: el cerebro, pantalla frente a la cual está sentada la conciencia, la conciencia, en la que se encuentra sentado el espíritu, todas ellas frente a la pantalla de la pequeña televisión personalizada que nos acompaña en todo lugar a la mano y que en poco tiempo exigiremos, para mayor comodidad, nos saquen los ojos para que la instalen en las cuencas oculares. El problema no está por supuesto en el cerebro ni en la ciencia, que no perciben su duplicación. El sistema duplicado de la noche a la mañana corre el riesgo constante de la triplicación. El nuevo terror es rebasar el límite de almacenaje de datos, el dolor de borrar cosas que solo importan porque habré de borrarlas pero ya había olvidado. El lugar del *dispositivo* se vuelve confuso y no sabemos quién dirige a quién: la rueda parece girar más lento mientras corremos más rápido y eventualmente parece girar en sentido contrario.

Sombra 7:

Homogeneización personalizada

¿Dónde está la originalidad cuando la *mismidad* se convierte en imperativo categórico y no libre concurrencia de los distintos? ¿Dónde está el «encuentro con el otro» cuando la comunión mecánica, reiterativa y repetitiva deriva en diversificación-homogenizante? Las expansiones imperiales anteriores al siglo XX buscaron la *hegemonía* pero ahora buscan la *homogenia*. El temprano proyecto homogeneizador “fracasó”, según el conquistador, en mestizaje, la emergencia global del racismo y el racismo lo comprueban. Los dos caminos clásicos que toman los imperios son: exterminio o integración. Pero donde los antiguos imperios fallaron, triunfó Microsoft Word, cocacola, macdonalds, las marcas de ropa



deportiva, etcétera. El gran proyecto homogeneizador de la segunda mitad del siglo XX no se restringió a golpes de estado, sino a golpes de identidad cultural y lo que estuvo en juego fue precisamente la identidad de los pueblos. Se llegó a identificar la democracia con el derecho a comer macdonalds o usar google. Detrás de este éxito está el paradójico fenómeno de la *homogenización personalizada*, o dicho de otra manera, la individualidad como sombra de la caverna pues al alcanzarla, alcanzamos su sombra. Veamos por qué.

Un slogan muy pegajoso y convincente derrotó las ideologías: «eres único y especial»... pero no imprescindible. La industria cultural del “sé tu mismo” y el *coaching* empresarial del “decreto” triunfa hoy como religión secular. Por el contrario, ética sería que fuésemos *semejantes e irremplazables*. Sin embargo, en la caverna de cristal, frente al monitor, frente a la interface que es la sombra del código, pasamos días “personalizando” nuestros “avatares” hasta que la ilusión de transmigrar el propio ser, se satisface en un *personaje* a la medida de mi *individualidad industrializada*.

Como si liberarnos del rol social nos fuese permitido por la creación de otro rol virtual. Un complejo sistema de algoritmos hará que los arquetipos prototípicos que organizan el *big data* no se encuentren jamás entre sí, para reforzar, la sombra de la singularidad. El mismo sistema de algoritmos mimetiza la homogeneidad con colores de diversidad. La dictadura del rol social y la identidad cerrada, la identidad como campo de concentración de la subjetividad: estas obligado a definirte, incluso, si eres indefinido.

Solo puede haber uno como yo por nodo de información aunque haya millones de nodos con uno igual a mí. Los subconjuntos funcionan bajo el mismo programa de juego que tiende sobre todo, hacer a cada jugador o usuario percibirse como único y especial, ajeno a su modo fordista de *singularización en línea*. El detrimento es para el *Lebenswelt* o “mundo de la vida” que se convierte en un cascarón vacío de esencia pero lleno de cosa. Sofocado por la virtualidad y la aparente compresión del



tiempo frente al monitor y su interface o la aplicación, se esfuma el día y la noche en la plácida procrastinación.

La corporalidad homogeneizada halla demasiado confuso el mundo real, demasiado aterrador y estresante el flujo cotidiano de la diversidad desbocada de la vida real. Entonces la inmersión en la singularidad homogénea es un descanso del mundo: audífonos que cancelan el ruido exterior, pantallas ultra nítidas e hiper brillantes para derrotar la luz del sol, y costosos procesadores dentro de los *smartphones* crean una burbuja que mantiene a salvo al homogéneo —acaso hijo o nieto de los *integrados* de Humberto Eco— de la diversidad constitutiva y heraclitiana del mundo de la vida.

La estandarización ha sido la verdadera novedad de la globalización contemporánea, ingeniería y diseño sociales capaces de crear la ilusión de individualidad mientras lo que efectivamente ocurre es la *masificación* del sujeto para el flujo hiper-veloz del capital. La persona se degrada en una reacción adversa a la subjetividad y se convierte en individuo. Esto es lo que los griegos llamaban *ιδιωτισμός*, idiotismo: privatización. En la antigua Grecia, el *idiota* era quien hacía de su vida privada su única preocupación olvidándose de los asuntos públicos, delegando la cuestión a los demás, siempre conforme con ser representado, algo impensable para un ciudadano griego en pleno uso de sus facultades políticas de forma cotidiana. *Narciso*, el idiota que termina por enamorarse de su reflejo y se interesa solo por aquellas sombras que le recuerdan a sí mismo, se busca en ellas y termina por no poder vivir sin ser reflejado constantemente. Porque la imagen reflejada en el agua no se da en los destellos sino en las sombras.

El mejor cliente del tecnoscurantismo es el narcisista pues su individualidad no radica en una verdadera singularidad sino en la ilusión de singularidad, es decir, la sombra de la singularidad. No necesita *ser* singular, le basta *creerse* singular y aboga por la masificación, no como lugar de estancia, sino como contraste de sí mismo: *existe la masa y yo*, convirtiéndose la masa en su único referente de singularidad. Cuando el narcisista personaliza el mundo según sus gustos, cuando



ha personalizado su ambiente, lo ha hecho con prefabricados que le dan la sensación más buscada en el siglo XXI: ser único y especial... cueste lo que cueste, que ya se puede pagar *on line*.

Sombra 8:

De la realidad como pretexto al pretexto como realidad

No hay lugar para la poesía, las plataformas de *streaming* que han desbancado a la biblioteca. Con la pérdida de condición física aparece la pérdida de condición reflexiva y leer un libro, fatiga. Las metáforas fatigan, son señaladas de confusas y opacas, carentes de claridad o responsables de brotes sicóticos. Lo que se demanda, lo que se desea, es la realidad explícita: las vísceras de la vivisección expuestas en alta resolución.

Dicha realidad explícita termina por aniquilar la metáfora^{iv}. La genealogía de la banalidad cultural contemporánea puede rastrearse en el *sinsentido* de Andy Warhol. Nadie se engaña a sí mismo, se siente el *sinsentido* de la sopa Campbell's inmediatamente junto con esa extraña sensación de que nos están tomado el pelo.

Warhol volvió un lucrativo acierto, la burla fallida de Marcel Duchamp. Este, intentando burlarse del esnobismo, terminó como un producto más. Ahí su error. Quizá Warhol pensó que si la burla produjo tanto, el ridículo lucía prometedor y hasta original. Entre el burlesco mingitorio de Duchamp y la ridícula sopa de Warhol acontece una ruptura ética en el arte contemporáneo. Esta tensión no es nueva pero lo interesante es que en la contemporaneidad, parece definitiva, la derrota definitiva de la ética en el pop art. Para que el consumismo sofocara el arte era necesario reducirlo al absurdo, combatir frontalmente la creatividad llena de sentido: con el pop art vino el pavimentado de toda profundidad en el arte. Los abismos de la reflexión se libraron con puentes explícitos.

Nació el derecho a no pensar, al morbo, hasta que exigimos ver con alta resolución como se extraen las tripas sanguinolentas de un hombre moribundo, tengo derecho a ver como son introducidas en la boca de otro hombre semi-muerto que las mastica con lentitud y avidez: de la *banalidad del mal* tratada por Hannah Arendt,



pasamos a la *banalidad de la sangre*^v. Las plataformas de *streaming* vienen a renovar el fetiche democrático que representó macdonalds, y sus series “críticas”, la cajita feliz; cualquiera que ha visto Black Mirror jura tener pensamiento crítico y es incluso el ejemplo favorito de los pensadores críticos bajo estimulación tardía. ¿Cuántas ponencias académicas hoy se fundamentan no en principios sino en series de televisión?

Tengo derecho a verlo todo, tengo derecho a no pensar si no quiero, a no utilizar el pensamiento, puedo acceder a mi intelecto a través de lo explícito, del realismo desmesurado, de horror de alta resolución. Y de la misma forma que puedo acceder al éxtasis sin ninguna experiencia a través de una pastilla, o al sueño plácido del gran cansancio sin haber movido un dedo gracias al somnífero. Después pensaré, después compararé esa imagen con alguna cosa en mi vida cotidiana, después... la realidad es el pretexto para revivir mi derecho a lo explícito, a lo nauseabundamente explícito hasta que el pretexto desplaza a la realidad. En realidad nunca se alcanza lo nauseabundo porque la náusea es olfativa y las imágenes no huelen. Pero el monitor además se mueve en un rango cromático que inhibe el sueño, puedo amanecer viendo cosas que el olfato, el oído o el tacto no me permitirían experimentar más de un segundo sin vomitar o indignarme: eso es el deleite.

Los guiones se encargan de sumir en la más injusta de las victimizaciones al protagonista para darle un pasaporte moral a la crueldad sin límites. Tal como la herejía contra el César daba pase moral a los romanos para ver a los blasfemos ser devorados por los leones en el Coliseo Romano. Después de sufrir tanto, el protagonista cortará cabezas, hará cuerdas de violín con las tripas de sus antiguos abusadores, etcétera. El trabajo de muchos guionistas es preparar el terreno para el festín *gore* con todas las de la ley, pero con el disfraz de justicia. Lo que le haya sucedido al personaje principal, es simplemente el pretexto para excusarlo de arrancarle la yugular con los dientes a un maleante.



Esta estética es de cuño victoriano y llevamos centurias atrapados en ella. Esta estética emerge con una justificación burguesa y aristocrática de lo mórbido, su creador, Edmund Burke enunció como la categoría fundamental de esta estética el *deleite*. Este se define como la placidez de experimentar el peligro lejos de todo verdadero peligro. Pasaporte para la crueldad. Edmund Burke no podría haber nacido en otro lugar que en el seno de la sociedad victoriana en la que la prohibición de todo honesto placer y sana herejía embruteció a una nación he hizo del horror no algo horrendo sino un *deleite*... al menos para la élite fuera del alcance feminicida de Jack el destripador.

Sombra 9:

La falsa vitalidad

Prohibido el cansancio y el dolor. De cocacola en cocacola hay varias horas de vitalidad ultra-calórica. De dolor a dolor hay varias horas de plácida anestesia. Los presentadores de televisión del siglo xx nos prepararon para ser *youtubers* que no respiran. Sus frases no son precedidas por un silencio, de hecho, su éxito estriba en la supresión del silencio. No hay guión sino continuidad de la ocurrencia.

La falsa vitalidad del youtuber y la perenne alegría se logra en la edición del video como se logra en vivo con la cocaína. Verdaderamente respira, se equivoca, se detiene pero en la edición se suprime todo espacio natural de respiración: microneurosis de pocos minutos sin pausas. Los presentadores del siglo pasado vivieron colgados de la cocaína una vez que sus cuerpos incapaces de vigor y verdadera alegría tenían que seguir representando su papel eternamente afable, jovial, ocurrente y juvenil en vivo.

La anfetamina y la cocaína tienen su sucedáneo legal y accesible en cada esquina en el café y las donas. No es que haya algo malo en el café, es que está en cada esquina, a la mano. Esto debe, por lo menos, inducir a la reflexión de por qué. ¿Esta vitalidad estimulada e ininterrumpida nos dirige hacia la fatiga permanente? La industria de los estimulantes cotidianos como la taurina en las bebidas



“energizantes” nos permite evadir el cansancio tal como evadimos el dolor y la pesadez física y existencial.

En más lugares aparecen academias que enseñan al agitado ciudadano a respirar. Le recomiendan también las bondades de ir al baño y comer comida que favorezca la digestión, le pueden lavar el intestino, por un módico precio, si ha olvidado como cagar. Olvidamos respirar, añoramos la evacuación sin problemas, los secretos culinarios de la abuela murieron con ella bajo el peso de nuestra indiferencia. Las cosas simples se han vuelto complicadas y viceversa.

La falsa vitalidad profundiza las condiciones que nos destruyen evitando cualquier cambio. Los médicos recomiendan “seguir con su vida normal, comer de todo, como siempre” pero tomar la medicina que acaba de recetar. El médico no lo dice, pero el paciente medicado que no tiene por qué variar sus hábitos, entra en su agenda quirúrgica de mediano o largo plazo, además de recibir un bono o estímulo de la farmacéutica por recetar por enésima vez lo mismo. En el quirófano, habrá que desarmar la parte que en cinco años será inservible y reparar, trasplantar o definitivamente, desahuciar. Las fórmulas manipuladoras son las mismas “es usted muy fuerte, cualquier otro no hubiera aguantado tanto”; “¿cómo no vino antes?, usted tiene un umbral del dolor extraordinario”; “usted es muy especial, único, esta enfermedad es rarísima”; “qué bueno que tiene seguro de gastos médicos mayores, imagínese con este problema en un hospital público”.

No fue casual el éxito de la serie Dr. House: el trabajo-cohólico sin ética pero brillante, sin vida pero con salario preferente, fue el héroe de finales del siglo xx. Pero Dr. House encarna la ausencia absoluta de empatía, héroe sicópata, incapaz de ver que su existencia ultra medicada, y su misticismo de ser súper dotado eran el mejor negocio de un hospital que lo había convertido a él, valga la redundancia, en su mejor negocio. Un proletario que tiene dinero para olvidar su condición de clase pero jamás será dueño de sí. Lleva la enfermedad en el nombre: precisamente el Dr. House no tiene “house” ni más hogar que las entrañas del hospital donde se atienden pacientes con enfermedades de *gama alta*. Las enfermedades más raras,



producto de la creatividad del ocio hipocondríaco, eran resueltas desde una mezcla de sentido común y asociaciones, solo posibles en pacientes aún más creativos para enfermarse. Por supuesto, es ficción: en la vida real el problema más desafiante para la humanidad no son las raras enfermedades tratadas en hospitales de lujo, sino la muerte de millones de niños por enfermedades curables que matan más gente que el Covid pero cuyas curas, por ser de dominio público, no son negocio. Dr. House jamás atendió un caso de desnutrición, pero sí formó la subjetividad del feliz explotado con complejo de superioridad.

La vitalidad simulada también ha traído uno de los pocos fenómenos realmente exclusivos de nuestros tiempos: las muertes estúpidas transmitidas en vivo usufructuadas por el dueño del *streaming*. Ni en sus más salvajes alucinaciones la industria cultural se imaginó que la gente filmaría su propia muerte buscando unos minutos de fama. *YouTube* de forma automática detenta los derechos de aquel youtuber que murió filmándose brincando un rascacielos; o aquellas otras acelerando su automóvil muriendo en el accidente; otros tomándose una *selfie* riesgosa... la falsa vitalidad es una sombra que sigue sin poder engañar a la muerte.

Sombra 10:

Todo es nuevo (hasta lo normal)

Todo es constantemente nuevo. La etiqueta más antigua de la publicidad es la novedad. La novedad es lo único que permanece siempre igual. No imaginábamos que una vez que no hubiese nada que no hubiera sido re-etiquetado como nuevo, nos faltaría por etiquetar la normalidad y nos vendieran RNA como biomercancía nueva siempre obsoleta por causa del nuevo virus. La vieja normalidad estuvo siempre plagada de novedades hasta que la novedad devoró la normalidad y le pegó la etiqueta de "nueva". Aun así, ni siquiera el término es nuevo, fue acuñado por el Presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson al término de la primera guerra mundial. Se estima que 40 millones de personas murieron en esas fechas, no por la guerra, sino por una especie de virus de influenza, una pandemia famosa por haber sido ocultada. El concepto de *nueva normalidad*, nacido al término de la primera



guerra mundial, no fue más que la preparación de juventudes para el regreso de la vieja normalidad: la guerra. Para que esta sombra se perpetúe, ha sido imprescindible alejar a la gente de los asuntos comunes y presentar los privados como públicos con etiqueta de “nuevo”.

Sombra 11:

Reacción sin acción

De Hitler a los Beatles, pasando por Andy Warhol, Karol Wojtila, Michael Jackson hasta Lady Gaga, la emergencia del *fan* como rol social aparece como la constante, el fan tiembla y enloquece ante la cercanía del ídolo. Nietzsche había anticipado esto aunque con la modestia de no poder imaginar qué clase de ídolos crearía una sociedad que había matado a Dios. No hubiera podido imaginarlo jamás.

Los nuevos ídolos son seres humanos anodinos que hacen temblar hasta el paroxismo al fanático que experimenta un éxtasis divino ante su presencia. La diferencia fundamental entre el fanático hitleriano y el fanático de los Beatles es que el primero muere en la guerra, mientras el segundo muere en el consumo.

Valdría la pena preguntarse si el consumo cultural ha sustituido a la guerra no por una evolución de la paz sino por una rentabilidad superior del sujeto de consumo. Es más rentable vender el derecho a escuchar música por internet que producir armas. Es la guerra la amenaza permanente sobre los países que no se integran al consumismo. Si el consumo es bélico, eventualmente todos usarán las armas, pero si es cultural, basta dominar no las naciones en un fatigoso esquema bélico; simplemente basta introducir la libertad a través del mercado y dominar por lo tanto la distribución global de mercancía.

La discusión entonces no pasa por si los Beatles han sido tan extraordinarios, pues tal discusión se funde con el hecho que han sido los más distribuidos. Los gustos y las actitudes se forman en la distribución o, ¿hasta qué punto la cultura está postrada ante la distribución? Es necesario para el mercado crear por lo tanto una realidad donde el sujeto es psicótico-consumista. Es decir, un sujeto escindido



entre dos realidades: la del consumo y la de la deuda, una hace de pared de la caverna y la otra de sombra.

Las escaramuzas virtuales entre seres anónimos que no tienen *name*, (nombre), sino *nickname* (apodo) en las que se libera la violencia y la ausencia de respeto, plantean una sociedad de la reactivad que no actúa. La violencia textual en las *redes-sociales-virtuales* nos permite actuar sin consecuencias, actos vacuos sin responsabilidad. La virtualidad permite faltas de respeto que son *deleite*.

El último profeta, Kurt Cobain, del apocalipsis del siglo xx, el *Grunge*, gritó hasta el cansancio *entretain us!* (¡entreténganos!). La demanda radical que enfurece cuando no es cumplida es la de entretenimiento, ¡entreténganos! La defensa más vehemente es el derecho al ocio: derecho a no pensar en nada, derecho al nihilismo mental. Sin duda un éxito total del control social neoliberal: tu tiempo libre, ocúpalo en nada, la nada ociosa del capitalismo del siglo XXI que es también mercancía, hacer nada, con la libertad. Esta lobotomía voluntaria en el tiempo de ocio, se fue fraguando en el libre mercado que nos entregó fetiches deleitosos. ¿Nos ha sido permitido algo más estimulante en el siglo XXI que la zona de confort?

Sombra 12:

Omni-visión, la fama y la nada

Es una ingenuidad suponer que la televisión ha sido superada por el Internet. ¿No tenemos en la mano un televisor? Tele-visión, tele-audición, tele-mensajería, pero también tele-trabajo, tele-vigilancia, tele-democracia, tele-relaciones, tele-conferencias, tele-votaciones. Y todos estamos listos para dar cobertura a la realidad como el mejor reportero, pero también, listos para no ocuparnos de la verdad.

No solo tele-vemos, sino que somos omni-vistos y reconocer en esto una realización orwelliana es ya un lujo cultural. Los *no integrados* del presente fueron lectores de ciencia ficción ayer. El *big data*, versión realista del *big bortoher*, sabe por el rastreo del teléfono celular quién tiene problemas gástricos por la frecuencia de sus visitas al baño en el pequeño espacio que lo separa de su habitación. A esa persona



le llegará la información que mejor convenga al sistema económico: lavado intestinal, aviso de salud o venta de analgésicos para disimular su dolencia. Algunos autores especulan ya con la capilaridad de los dispositivos. Poco importa tener bajo la piel o en la palma de la mano el dispositivo. Nuevamente es un debate superficial, lo importante es que la existencia se convierte en un dato omni-visto y tele-dirigido.

El precio es que lo *tele* se ha vuelto *omni*. No hablamos del panóptico focaultiano, sino de el *striptease* en el *brigbrother* que hacemos encantados cámara en mano. Este gustoso *striptease* ya había sido analizado por Zygmunt Bauman. No hay un centro mirando a todos, hay todos enviando sus propias imágenes a un centro ciego pero estadístico que ejerce una seducción centrípeta sobre nosotros, como la luz azul sobre la mosca. Es una sombra de la caverna creer que esto ha sido en beneficio de la gente, por el contrario, es un control social que se transforma junto con la sociedad. Cuando internet alcance la espesura de la serranía, no habrá jamás un Lucio Cabañas y eso no es un progreso democrático sino una tranquilidad dictatorial. Es comprensible que esta sea la sombra menos visible por ser la más abarcante. El tiempo se ha dilatado tanto —aunque parezca que se comprime— que quince minutos son muchos y pueden ser asfixiantes. La duración promedio de los videos de *TikTok* no llegan a medio minuto.

Durante décadas las tele series nos mostraron que el momento culminante de los personajes fue siempre aquel momento en que realizaban sus quince minutos de fama. El visionario pop, el primer *youtuber* sin YouTube, Warhol, supo que algún día, cualquiera sin nada que decir pero convencido de decirlo, podría ser el centro del mundo, supo Warhol que su forma de vida se democratizaría, que no podría pasar mucho tiempo antes que su existencia se deslizara como tendencia global. Como inauguró Warhol, el *youtuber* con millones de seguidores que saca de una caja algún producto, es pertinente para el orden establecido porque se trata de que en el centro del mundo existan *arrolladoras-no-amenazas* al *status quo*. Una monumental, colosal en inconmensurable presencia vacía capaz de atraer la



atención de millones de personas a temas sin la menor relevancia: ocuparse activa y apasionadamente de nada.

Sombra 13:

El pensamiento sin profundidad

Siguiendo a Baudrillard, desde que la Guerra del Golfo «no tuvo lugar», se inauguró el *sin-sentido* de tomar posición por acontecimientos fantasmagóricos, de apasionarse fanáticamente. Las líneas telefónicas de atención contra la depresión han ocupado el lugar que antes correspondía al encuentro entre inconformes que se organizan para exigir algo, ya no nos enojamos con la injusticia, nos deprimimos. Dejamos de ser *in-con-formes* para ser *de-formes de-primidos* por nuestra *forma* que no “*encaja*” en la *normalidad*, la nueva, en la que todos parecen tan felices excepto yo. Es que es más fácil gobernar un deprimido que un inconforme: a este último no se le puede disuadir de su inconformidad. Este carácter decepcionante analizado por Baudrillard radica en la recepción de información pero no de la verdad. Recepción vacía, recepción de la nada, que no nos inquieta, por el contrario, nos embelesa por la *estilizada sombra de la verdad*.

La de-presión es connatural de la ausencia de contenido. El pensamiento, pez abisal, muere si se des-presuriza, siendo que su esencia es el buceo de profundidad, es decir, pensar. Sin embargo, se nos ha convencido de que pensar es un lujo, ocupación sin sentido, pérdida de tiempo. Disuadidos de pensar, el pensamiento estalla como el cuerpo del buzo que súbitamente es sacado hacia la superficie desde las profundidades.

No entraremos en los efectos sicosomáticos de esta despresurización que durante décadas ha acontecido y que hoy se llama con toda normalidad, de-presión, pero se podría sugerir que ya Sartre en *La Nausea* había vislumbrado el problema. Se realiza la *nausea sartreana* como síntoma de la despresurización de contenidos por la ausencia absoluta de la verdad, por la cobertura-encubrimiento de la verdad con mil detalles anodinos y fútiles que extravían la mente inquisitiva en un mar de



pequeñas sombras, des-ilusiones y de-presiones hasta que la voluntad se ahoga en «la insoportable levedad del ser» y se convence que es mejor no hacer nada. Como lo notó Baudrillard, el mundo queda sometido a «la recepción absoluta del simulacro»... simulacro: piel vacía que se vuelve polvo al tomarla entre nuestras manos.

Epílogo

Quizá por el momento vivamos la época dorada del Internet sin regulación, o poco regulado comparado con lo que viene en un futuro no muy lejano, la *ultima dictadura, la digital*. Ojalá esto sea una equivocación. Pero ¿no ha sido la desregulación liberal el verdadero Caballo de Troya con el que la humanidad accede de tiempo en tiempo a modos de explotación y sometimiento sociales cada vez más sutiles pero efectivos cuando no más crueles y desapercibidos? Si hacemos un comparativo de la esclavitud griega con a libertad neoliberal, quizá preferiríamos mil veces ser esclavos de Pericles que ciudadanos libres trabajando para un *out-sourcing*.

Paradójicamente, el desarrollo tecnológico nos lleva hacia acciones tan elaboradas como mirarnos frente a nuestra cámara prefiriéndola al acto simple de mirarnos en un espejo. Reflejarnos de esta forma implica un sinsentido total de la tecnología que nos entrega, mejorada, la imagen de un simple espejo, ¿pero quién se atreverá a blasfemar hoy contra la tecnología, contra el suavizado de facciones de los algoritmos de video que nos llevan a preferir nuestra versión digital sin arrugas? Qué importa que nuestras facciones sean registradas en una base de datos cuyo propósito desconocemos.

Podemos ahora decir que la producción de mentira en tiempo real inauguró una era donde la velocidad de la simulación emparejó la del registro de los acontecimientos: la era de la información nació desinformando y falseando la historia en tiempo real.

La era de la información —que desinforma— ha dado un giro completo al problema de la filosofía a través de la *cobertura encubridora* de la *verdad*, el *ser* y su *esencia*.



La tecnología y la tecno-ciencia, en gran medida, han realizado no su sentido sino su sin-sentido el cual, danza frente a nuestros ojos deleitándonos.

Bibliografía

Baudrillard, J. (1991). *La Guerra del Golfo no ha tenido lugar*. Barcelona: Anagrama.

Benjamin, W. (2003). *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. México: Itaca.

Benjamin, W. (2007). *Conceptos de filosofía de la historia*. La Plata: Terramar.

Benjamin, W. (2005). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. México: Contrahistorias.

Byung-Chul Han, (2016). *Tipología de la violencia*. Barcelona: Herder.

Husserl, E. (1996). *Meditaciones Cartesianas*. D.F., México: Fondo de Cultura Económica.

Heidegger, M. (1958). *Essais et conférences*. (André Préau, Trad.) París: Gallimard.

Ilich, I. (2011). *Obras reunidas*. México: Fondo de Cultura Económica.

Levinas, E. (2011). *De otro modo que ser o más allá de la esencia*. Salamanca: Sígueme.

Marcuse, H. (1986). *Eros y civilización*. México: Origen/Planeta.

Marx, C. (1999). *El capital: crítica de la economía política*. México: FCE.

Marx, C., & Engels, F. (1979). *Obras Escogidas II*. Moscú: Progreso.

Scheler, M. (1957). *Esencia y formas de la simpatía*. Buenos Aires: Editorial Losada.

Scheler, M. (1960). *El saber y la cultura*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Sontag, S. (2004). *Ante el dolor de los demás*. España: Punto de lectura.

Voegelin, E. (1987). *The New Science of Politics. An introduction*. Unated States of America: The University of Chicago Press.



ⁱ Sociólogo y artista gráfico por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

ⁱⁱ Recurriendo a la estructura del aforismo de Gertrude Stein «una rosa es una rosa es una rosa», aparecido en 1913 su famoso poema *Sacred Emily*.

ⁱⁱⁱ Este concepto de “biomercancía” y “el paradigma del antivirus Windows” es un trabajo que estoy desarrollando para próxima publicación.

^{iv} El caso reciente de Martín Moreno, un escritor y académico reconocido, que ha declarado textualmente que “quemaría” manifestantes si pudiera volver a los tiempos de la inquisición, refuerza el punto de la incapacidad de saber, qué es una metáfora. Consecuentemente tendríamos que preguntarnos cuantos de sus *fans* han ido de la mano del escritor al mismo extravío.

^v *La banalidad de la sangre* es un artículo en proceso de publicación donde trato la genealogía del gusto contemporáneo por lo mórbido.